

Málaga, 18 de febrero de 1978.

Querida Eugenia: Te agradezco mucho el regalo de tus últimas páginas. Felicidades en tu cumpleaños. Sé que en tus juegos te diviertes más como niña que como poetisa. Eso está muy bien. Afectuosamente,

Jorge, tu vecino.

Es costumbre que se publiquen unas cartas sólo cuando la vida de quien las escribió o las recibió se quiebra. Quizá por lo que esa publicación tiene de homenaje y porque, entre nosotros, todos los homenajes son póstumos. Aquí lo roto sólo ha sido la corta pero apasionante andadura que sobrevivió a un impulso infantil. Pero Dios guarde, por muchísimos años, a Eugenia y a su corresponsal.

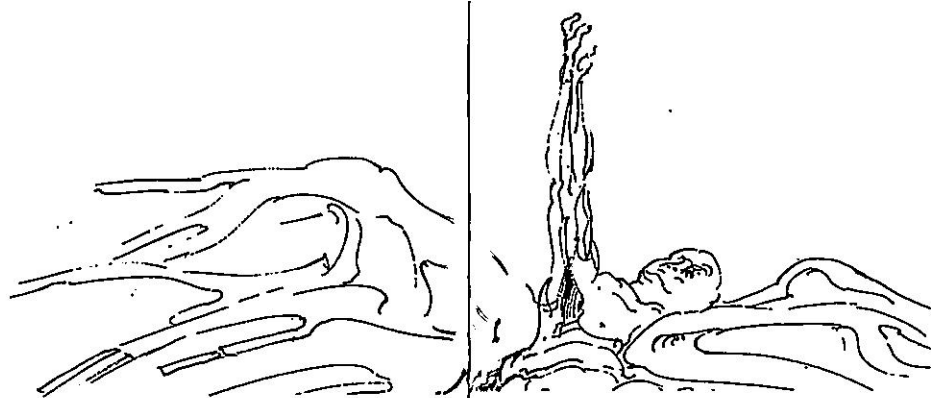
CRITICA LITERARIA EN HACIA "CANTICO" JOSE M. BLECUA

No deja de causarme cierta desazón comprobar que, después de medio siglo de ser uno de los más fervorosos lectores de Jorge Guillén, todavía me quedaban muchas páginas por leer: las que acaban de aparecer en *Hacia «Cántico»*, recogidas por K. M. Sibbald, ordenadas por el propio poeta, siempre tan celoso de la perfección de su obra.

Hacia «Cántico» se abre con un excelente prólogo de K. M. Sibbald, al que sigue un índice bibliográfico muy riguroso, para continuar con una pequeña serie de poemas, que Guillén no quiso incorporar a su *Cántico* y son una pura delicia en todo y por todo, con artificios que van desde aliteraciones preciosas («¡Cisne, silencio! Callada blancura / Cele tu canto en callada clausura»), a «aleluyas sentenciosas» («Tus duelos y tus penas / esconde en la bodega»), pasando por «Poniente de bronce», poema en dos romances que algún día habrá que analizar detenidamente, porque Guillén contrapone una visión romántica, dolorosa, de unos tañidos de campanas a lo que siempre será su exaltación de vivir:

Mas la frente que socava
El afán de lo perenne,
Del más patricio marfil
Mientras la dora el poniente,
¿Podrá concebir un orbe
Comentado por un réquiem?

Sin embargo, no es esta parte, ni la siguiente, la que me ha dejado muy perplejo y admirado, sino la tercera, titulada «Correo literario», donde se recoge la labor crítica de Jorge Guillén, aparecida en su mayor parte en *El Norte de Castilla*, periódico de Valladolid, y en *La Libertad*, de Madrid; artículos de no fácil consulta, demostra-



ción espléndida del gusto por la crítica, muy anteriores a su *Lenguaje y poesía*. (Tampoco deja de ser curioso el hecho de que los poetas catedráticos de la generación del 27 sean, a su vez, de una estupenda agudeza crítica, como lo demuestran tantas y tantas páginas admirables de Pedro Salinas, Gerardo Diego y Dámaso Alonso, y que con Jorge Guillén sean también los más europeos.)

Sirven estos artículos, en primer lugar, para darnos un breve índice de las preferencias constantes de Jorge Guillén en poesía y en prosa, aunque le interesa más lo poético, lo que también acusan los otros poetas profesores. Y Guillén, como buen catedrático, no deja pasar ciertas debilidades de editores poco rigurosos. Valga, por ejemplo, el artículo que dedica a las *Páginas desconocidas de Gustavo Adolfo Bécquer*, editadas por don Fernando Iglesias Figueroa, donde no falta esa ironía sutilísima que también aparecerá en otras partes. (Pero al comentar las *Nuevas canciones* de Antonio Machado, no deja de advertir que algunos poemas presentan variantes que le gustan menos que la versión original. Y bien conocida es su pasión por la corrección y la variante.) En cambio, su fervor becqueriano es muy perceptible en otros dos artículos, «Las nuevas rimas de Bécquer» y «La fama de Bécquer», donde con mucha gracia se burla de la poesía de un Núñez de Arce: «Por la boca muere el pez; por la ambición, demasiado gruesa para la fina boca de la Musa, muere la poesía».

Interesantísima es la «Aclaración» sobre «Valle-Inclán y el 98» en la carta dirigida en 1971 a Rodolfo Cardona, precioso testimonio de su incomodidad ante ciertos aspectos de la célebre generación, a la que siempre admiró: «Elogiando así a Valle-Inclán reaccionaba contra los del 98, o sea, contra la concepción romántica de España; país anómalo —genialmente anómalo— al margen de la historia europea, es decir, contra «aquél terrible nacionalismo a retropelo». De

ahí el problema —en abstracto— de España, anterior a todos los difíciles problemas concretos» [...] «Basta, basta. Necesito ser tan real como un europeo cualquiera.»

A veces, entremezcla Jorge Guillén agudísimas observaciones sobre la narración y la poesía, como en «El libro blanco», adelantándose a los estudiosos actuales sobre el Tiempo en la novela, a propósito del *Ars moriendi* de Antonio Machado: «Constituye el Tiempo uno de los grandes temas líricos, quizá el más importante de todos, como pretérito nostálgico o futuro nostálgico: presencia ya ausente y todavía latente de lo que no es. Aun cuando diga el narrador «érase una vez», el Tiempo «está» en la narración, forma parte de ella, y es, en este sentido, si no actual, actualizado. En la canción, en el suspiro de la garganta conmovida, aun cuando el cantor exclame «ahora», el Tiempo no ocurre, no transcurre, no «está» allí; eco, al fin, de la historia; pero no historia.

Conviene, pues, que la narración, a fin de arrastrarnos en la corriente de los días, nos lance un gran caudal de ondas duraderas, como una sucesión de presentes. El tiempo real sirve así de trampolín para saltar hasta el tiempo ficticio. Pero la canción, horra de anécdota, epílogo o prólogo temporal, no nos emocionaría si no fuese breve.»

Muy nítida es su permanente admiración por Gabriel Miró, al que retrata al principio casi al modo de Azorín: «De todos los contemporáneos españoles, es el escritor más solitario. No frecuenta ningún corrillo. No asiste a ningún banquete. Nadie cuenta con él para nada. Es —como el admirable Juan Ramón Jiménez— el más puro ejemplo de retiro, de ausencia, de soledad. De una soledad henchida de obra». Unas líneas más adelante nos dice: «Gabriel Miró se define como un conjunto de vocablos concretos. ¡Qué bien se destacan sus tres dimensiones: audibles, visibles y tangibles! Vocablos

de aristas, anchuras y profundidades modeladas en terrón compactísimo». Notemos, de paso, la calidad de la prosa del joven Guillén, aparte de la agudeza crítica, de ese lirismo encubierto, que es también característico de Salinas, Gerardo Diego y Dámaso Alonso.

En el polo opuesto se escribe la nota sobre el *Madrid callejero* de José Gutiérrez Solana, el bronco pintor, cuya prosa ensalzó tanto Cela y que tan poco aprecia nuestro poeta por su falta de sensibilidad frente a las cosas: «En Solana —dice— hay todavía repertorio, un profundo repertorio de cosas, y esto es naturalismo. En Ramón, el repertorio se ha fundido y transfundido en síntesis poéticas: innumerables y menudas, pero poéticas, esenciales, simples». Este artículo lleva la fecha del 4 de mayo de 1924, pero diez días después escribirá el gran elogio de Ramón Gómez de la Serna, tan merecido: «En este ambiente de incredulidad y de pereza, Ramón Gómez de la Serna es el gran creyente y el gran laborioso. Es preciso subrayar su exaltación, su fervor, su carácter enterizo de literato puro, de literato integral: escribe porque le gusta escribir».

Jorge Guillén, que siempre ha demostrado su pasión por la inteligencia y la razón, no puede aceptar la falta de rigor que demuestra Madariaga en sus *Semblanzas literarias contemporáneas*. Si antes acusaba al editor de las *Páginas desconocidas* de Bécquer de irresponsabilidad editorial, la primera parte del libro de Madariaga le parece demasiado llena de afirmaciones gratuitas: «Madariaga razona con moderación, que implica la más cumplida cortesía. Pero se apoya de pronto, y luego, y tantas veces, en postulados personales, que está uno tentado de interrumpirle: ¡Eh! Y eso, ¿por qué?».

Dos artículos sobre «La poesía española en 1923» son la mejor prueba de su pasión por la crítica poética. ¡Cuántas observaciones finisimas, dentro de su brevedad! Por ejemplo: no le gusta el título de *Rimas de dentro*, de Unamuno, aunque «es un gran artista

del verso, pese a sus graves intenciones antiestéticas». En *Signario* de Antonio Espina ve Jorge Guillén «humor, buen humor, desenfado, su puntita de impertinencia, como conviene, y gracia, mucha gracia madrileña, y quevedesca». El elogio de Gerardo Diego es bien merecido; en cambio, en Ramón de Basterra ve que «las palabras se destacan rotundas, llenas: rebotan como pelotas. Hay elasticidad y hay también chasquidos, crujidos, roces, a veces torpes».

Bastarían estas últimas líneas para demostrar cómo Jorge Guillén ha sido uno de los más estupendos críticos de su generación, y creo que el primero en el tiempo en ejercer ese trabajo. Los estudiosos de la poesía contemporánea española, hoy tan abundantes, deberán tener muy presentes esos artículos de Jorge Guillén, escritos además en una prosa bellísima y con gracia, sin esos apelmazamientos que tanto odia.

